

ESTHER DE CACERES

Pasos del recuerdo

(Para una iconografía de Carlos Vaz Ferreira)



FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA

MONTEVIDEO

1963

Imp. Córdón

9.895

Z
C
6



PASOS DEL RECUERDO

(Para una iconografía de Carlos Vaz Ferreira)

Siempre he tenido una íntima resistencia frente a la anécdota: en primer término, a causa de mi seguridad de que ella está siempre superada por la categoría cuyo esplendor puede turbar. Luego, porque la versión de lo anecdótico requiere un delicadísimo elegir entre lo más significativo, y una fidelidad difícilísima, sobre todo en lo que respecta al acento de los seres evocados, al ambiente que los rodea, al espíritu mismo en que los hechos se apoyan.

Y aun se agrega, a estas dificultades, una, estilística, que padezco en lamentable grado: mi incapacidad para la narración.

Trato de vencer esta resistencia en el caso, para dar una respuesta a mi noble amigo Arturo Ardao, empeñado en registrar huellas del Maestro Carlos Vaz Ferreira. La calidad personal de Ardao, su decoro intelectual y su rectitud de intención, me llevan a quebrantar, en parte, mi norma anti-anecdótica y mis prevenciones, cada vez más firmes, contra la crítica biográfica. En medio de sus más claros y convincentes pasajes sobre ese tipo de exégesis, Eugenio D'Ors recuerda estas sabias palabras de Bergson:

“Es un error capital el de nuestra época, que pretende a veces reducir una obra a las anécdotas sobre la vida del autor. Esta reducción del pensamiento falsea la crítica. Reducción cuanto más reprehensible cuanto que un método ha salido de ella, que consiste en establecer, cueste lo que cueste, un paralelismo exacto entre el contenido de una biografía y la esencia de una obra. Las mejores informaciones concernientes a una obra nos son dadas, después de todo, por la obra misma.”

Esbozadas, así, mis reservas, digo a Arturo Ardao algunos recuerdos de mi diálogo con Carlos Vaz Ferreira. Y no he querido marcar la dificultad fundamental de esta evocación: la más íntima, ligada a la nostalgia desgarrante que me invade el alma, cuando siento más y más el vacío dejado en el mundo por la desaparición de aquel amigo, ejemplo de Maestros, custodio del Espíritu, cuya falta padece —por visibles e invisibles heridas— nuestro país.

Aprendí a conocer a Vaz Ferreira en mi adolescencia. Había oído hablar de él desde niña en el ambiente familiar en que se le respetaba como pensador y pedagogo, desde una distancia que acentuaba las perspectivas para mi asombrada visión.

Luego en el aire encantado de mi amistad con María Eugenia, de quien era yo discípula fervorosa, con una adhesión casi filial, el nombre y las evocaciones de Carlos Vaz Ferreira se acercaban a su verdadero tono, a su intimidad familiar. María Eugenia, con aquella persuasiva fuerza, ya escondida, ya revelada en su melodiosa voz, afirmaba categóricamente la entidad genial de aquel hermano tan semejante y tan distinto, tan ligado a ella, según pude yo saber después, por infinitos matices que se relacionaban con un rasgo común eminente: la calidad personal con que en ambos se daba el más singular concierto de fuerza y delicadeza.

Comencé a concurrir asiduamente a sus conferencias. Pude hacer versiones fieles de las mismas, que puntualmente se publicaban en "El Ideal", diario de la época. Supe, con alegría, que a él le gustaban y que las consideraba buenas.

Mi atención se repartía, con cierta angustia, con verdadera sed, entre las palabras que yo debía registrar y el acento sutil con que el Maestro las decía: y aun deseaba yo seguir los gestos característicos, la mirada emocionante, todo lo que constituía el espectáculo inolvidable de aquel hombre pensando, de aquella presencia tan noble y viva, tan segura y tan temblorosa a la vez.

Lo veía en la cátedra y pensaba en aquel Vaz Ferreira adolescente que deslumbrara a su profesor en el aula de Filosofía. El doctor Abel Pinto, recién llegado a dictar sus clases, después de oír una disertación del joven estudiante sobre la Conciencia, renunció al cargo, aduciendo que no podía desempeñarlo pues había en la clase un estudiante que lo aventajaba en saber. Esa anécdota de Vaz Ferreira estudiante se complementa con otra reveladora de Vaz Ferreira profesor, que él mismo me refirió. Se encontraba en un sitio esperando que llegara alguien a atenderlo y darle una merienda. Y como nadie se le acercara, una persona instalada en una mesa próxima se le acercó diciéndole: "Vd. ha sido profesor de mi hijo. Desde entonces mi hijo siente veneración por Vd. Hasta tiene su retrato en su habitación. Permítame que yo le sirva su merienda. Es lo menos que puedo hacer por un profesor que ha hecho tanto bien a mi hijo."

Las dos anécdotas, bien expresivas, cobran más fuerza cuando se piensa que ellas se refieren a un hombre modesto, de vida casi escondida, de tonos apagados, de un estilo auténtico, sin énfasis, de una sobriedad y de una sencillez sostenidas a lo largo de una vida de sacrificio y renunciamento.

Esta dignidad, así como su timidez y su delicadeza, le daban un carácter solitario y creaban una dificultad para acercársele. El respeto que despertaba, tanto por su admirable entidad como por los signos de su sensibilidad delicada y sufriente, era un respeto aislador, que siempre nos hacía pensar en aquel destino solitario de los grandes seres, tal como lo dijo Alfredo de Vigny en el simbolismo de su inolvidable poema Moisés.

Recordaré siempre el momento en que me acerqué por primera vez a Carlos Vaz Ferreira. Era en días de estío, en el Hotel Miramar, junto a la orilla límite de Montevideo. Se realizaban allí torneos de ajedrez, a los que asistían los más notables competidores del mundo. Vaz Ferreira asistía como espectador, con su atención inteligente y profunda, con sus ojos enterados, y ese aire a veces ausente que contrastaba con una activa, impresionante intervención en los acontecimientos.

Después de muchas dudas yo resolví acercarme y decirle quien era. No olvido el tono de su voz, ni la gracia con que reiteró mi presentación: ¿Es Vd. la mismísima Esther de Cáceres?

Desde ese momento comenzó nuestra amistad y nuestro diálogo. Y ya en ese día recibí esta lección directa, tan suya, plena de sabiduría y de libertad: Como me invitara a ir a escuchar música y me anunciara algunos discos que oiríamos, cuando habló de Canto Gregoriano yo le dije que mi deseo más vehemente era que mis poemas fueran semejantes a esa expresión lineal y desnuda en la que creo se da lo mejor del alma.

El, mirándome con aquellos ojos húmedos, inteligentes y tiernos, me dijo lentamente: "La mejor manera de escribir poemas es escribirlos tal como nacen..."

Después de ese encuentro, enpecé a asistir a las reuniones que se realizaban en la quinta de Atahualpa, en aquella sala de Música desde la que se veían el dulce atardecer o la noche sombría, los altos antiguos árboles, las flores de cada primavera.

En aquella sala de aire embelesado reencontraba yo la presencia de Vaz Ferreira: era el de la Cátedra; era el de su austera habitación del Ateneo; era el de los encuentros cordiales en algunas salas de un Montevideo que ya desaparece.

Pero era más íntima, más entrañable; acentuaba en mí las impresiones que de esa presencia recibía en otros sitios; —y en sus libros!—; y, en cierto modo, explicaba al Carlos Vaz Ferreira que veíamos en la acción o que sentíamos en las páginas por él escritas.

Quizá este era el ámbito en que era más él mismo, en que se sabía más él mismo — junto a sus gentes, cerca de sus libros; oyendo su más amada música y su más amado silencio.

De vez en cuando la dulce voz se asomaba a este silencio. Y era siempre para decir algo significativo, libertado de lo convencional, en un aire de lenguaje vivo y como recién nacido. Esta expresión, original, plena de naturalidad y libre de toda inercia, era uno de los rasgos fundamentales de Vaz Ferreira. Aparece en su estilo de escritor como aparecía en sus clases, en sus discursos o en su lenguaje conversacional. Y siendo tan natural y tan espontáneo, tan evidentemente ligado a lo más intrínseco del ser, este rasgo se vinculaba a una voluntad estilística y a una moral de la expresión que podría haber inspirado el capítulo que tantas veces quisiera leer en *Moral para intelectuales*: un capítulo sobre moral del lenguaje.

Recuerdo un momento en que esta libertad con respecto a las inercias del estilo coloquial se me hizo bien patente. Llegaba yo a una reunión musical en la casa de los Yéregui y lo encontré rodeado de varias personas, ante las cuales me acerqué a saludarlo, preguntándole según la frase habitual: "¿Cómo está Vd.?" Y me contestó, revelándome el contraste entre la frivolidad de mi pregunta y de mi acento y la gravedad que en sí entrañaba tal frase: "¿Puede alguien, acaso, saber cómo está?"...

Este lenguaje personalísimo era una de sus características fieles. Y así como da luz original a su prosa, de rasgos aun no estudiados, invadía con tranquila gracia su conversación habitual. Con ese léxico tan vivo, acompañado por una voz de aterciopelados matices, podía conmovernos siempre: y sobre todo cuando hablaba de personas queridas, cuando evocaba momentos emocionantes de su vida íntima, en aquel tono profundo y delicado, confesional, con que escribió la dedicatoria de *Fermentario*.

Pasaron muchos años sin que pudiera él hablar de María Eugenia. Hasta evitaba decir su nombre grave y glorioso, sustituyéndolo por "la que no puedo nombrar", que a todos nos impresionaba, como si se doblase el gran vacío dejado por la muerte de la autora de *La Isla de los Cánticos*. El había recogido sus poemas; había concertado con ella la selección rigurosa que en ese libro se nos da. Había discutido la inclusión de *Unico Poema* que felizmente está en el libro resplandeciendo con su misterio como una de las obras más significativas de la poesía de nuestra lengua. En la breve hoja que con discreción y humildad emocionante agregó Vaz Ferreira a la primera edición de ese libro, él refiere el proceso antológico. Y fue tan fiel a aquella voluntad de su hermana que se constituyó en un custodio rigurosísimo del libro. Recuerdo la ocasión en que mi amigo Gonzalo Losada me encargó de una segunda edición de *La Isla de los Cánticos*. Debía yo cuidar de ella y escribir su prólogo. Fui una noche a la casa de Vaz Ferreira a hablarle de esto. Aquello fue como un incendio. Reaccionó violentamente. No podía de ninguna manera pensarse en esa edición; había que respetar estrictamente la volun-

tad de María Eugenia. Yo le aseguraba que el libro aparecería exactamente igual al de la edición primera. El, agitado, recordaba casos en que los editores no eran fieles... ¡Podía hasta cambiarse un signo!... Y sorpresivamente me dijo: "Si ese libro aparece, tendré que suicidarme".

Ante lo cual yo, consternada, le aseguré que el libro no saldría. Y cancelé mi compromiso con el editor. Sólo después de muchos años accedió a que yo cuidase la edición aparecida en la Biblioteca de Clásicos Uruguayos. Pero el recuerdo imborrable ha quedado: el recuerdo de aquel apasionado celo de un custodio fiel que compartió, con la maravillosa artista, el sentido más severo de la creación poética y los trances más sacrificados y ejemplares de la Moral de la expresión.

El recuerdo de María Eugenia fue aquietándose y floreciendo luego a través de los años. Algunas veces se pudo hablar de ella. Y así supe algo de lo cercano a su muerte: el último viaje, ya en camino del Sanatorio en donde se apagaría aquella noble vida. María Eugenia quiso que su hermano la llevase antes hasta la antigua quinta de Mendilaharsu, para ver a su más querida amiga sumergida en el gran dolor por la muerte del poeta. Inútil viaje: hubieron de volver, entre los altos árboles a la calle que María Eugenia recorrería por última vez. ¡Sólo silencio y sombra en la casa enlutada!

Y después de breve tiempo, muerta María Eugenia, Vaz Ferreira debe ocultar a su madre esta pena. Tiene que ir todos los días a verla; y cada día llevarle un recado imaginario de la que ya no está en el mundo; recoger la contestación, que no tendrá destino; inventar la composición de este raro diálogo en los umbrales de la muerte... Hasta que la madre se apagó.

Con otros registros de su voz y de su alma narraba una anécdota muy singular en que aparece él, muy joven, frente a su abuela. Ella se declaraba católica, y a la vez afirmaba con fuerza la inexistencia del Infierno. "Yo, que tenía ya dentro de mí el diablillo de la Lógica insistía: Hay allí una contradicción: no puede ser católica y negar la existencia del Infierno." La señora había sufrido triste trance: su padre había abandonado casa y familia cuando ella y sus hermanos eran muy pequeños. La madre, heroica, tuvo que enfrentarse con todas las dificultades de esa soledad. Y ese lejano recuerdo se exaltaba cuando el nieto insistía sobre la grieta que descubría en su ortodoxia. Hasta que cierta vez, golpeando enérgicamente sobre la mesa, la abuela expuso con rigor silogístico: "Soy católica y no creo en el Infierno. Porque si creyese en él tendría que admitir que mi padre (aquí el largo nombre dicho por mi interlocutor con pausa que demoraba tácticamente el desenlace y creaba una expectativa intensa) ...

tendría que admitir que mi padre está en el sitio más ardiente de ese Infierno. Y como una hija no puede aceptar que su padre esté en tal sitio, he resuelto que no hay Infierno...”

Todo no era apacible en la relación con Carlos Vaz Ferreira. A veces un forcejeo de almas, que fatalmente se establece entre seres intensos, venía a turbar el encanto de la amistad feliz.

Entonces él aparecía, más que siempre, con su carácter fuerte e indomable. No he conocido ningún ser en que se concierten de modo tan extraño y subido la dulzura y la acerada firmeza.

Recuerdo instantes de gran sufrimiento en aquella isla gentil de nuestra amistad y nuestro diálogo.

En una pausa, en su sala de música, le dije cierta vez: “No puedo encontrar los poemas de Verlaine que se han grabado.” (Me refería a la bella versión de Debussy, que él me había dado a escuchar en una de sus sesiones de música). Su bondadosa actitud se trocó súbitamente por un gesto violento y una violenta frase: “Mejor es que no encuentre eso. Se dejarán así de literatear...” Yo estaba aborta y desconcertada: entendí por fin que él creía que yo no encontraba el libro de versos de Verlaine y le repliqué: “El libro, claro, lo tengo siempre. ¿Piensa Vd. que podría vivir ni un minuto sin tenerlo?” Entonces él, ante la violencia de mi respuesta, me tomó de la mano, me llevó a un rincón de la sala contigua y me obligó a oírle esta frase:

“¿Quiere que le repita lo que Verlaine escribió a su mujer?”

Yo estaba consternada. No entendía ni quería entender. Y él, a intervalos casi medidos, volvía a insistir:

“¿Quiere que le repita lo que Verlaine escribió a su mujer?”

Por fin recordé, vagamente, el episodio, y mi lectura remota de las cartas familiares del poeta. Entonces, con una ágil y violenta reacción, le dije: “Sí, sí; ya sé todo eso. Pero él sufrió mucho, y estoy segura de que está en el Cielo.”

No sé decir el amargo asombro que se reflejó en su cara. Ni el aire desolado con que contestó, mirándose tristemente a sí mismo, y mirando a su esposa (que estaba sentada en el sitio habitual donde, con delicadeza y dignidad inolvidables, asistía muchas veces a la reunión):

“Si es así, no sé cómo mirarán allá arriba a la buena criatura...” Y parecía un niño a punto de llorar...

Muchos días pasaron sin que yo volviera a la sala de música. Sufría mucho con esta severidad de juicio, con esta intolerancia inexplicable en un ser que dijo: “Hombres sin pecado existen; pero no son esos los que tiran piedras a los pecadores.”

No atiné a otra salida que la que me pareció y me parece la mejor que podía ocurrírseme: pedí que se rezase una misa por el alma de Verlaine, y con el Poeta Casaravilla Lemos —gran “sentidor” de la Caridad— asistí al oficio sagrado.

Cuando una tarde volví a la casa de Atahualpa, ya apaciguado mi enojo y mi pena, Vaz Ferreira me reprochó la ausencia. Yo quise explicarla: “Es que estaba yo muy triste (para no decir “enajenada”) con Vd.”

Y él, tenaz como siempre, afirmó: “Vd. ya sabe que para mí contarán siempre los valores éticos sobre los estéticos.”

Años después, en un almuerzo con Francisco Espínola, volvió el tema. Yo conté mi disgusto, el acto de la Misa, mi adhesión entusiasta a aquel Verlaine sufriente y maravilloso. El reiteró su repulsa; pidió que yo me apartara un momento para decir por fin a Espínola la palabra aquella agravante con que Verlaine increpara a su mujer... y por fin liberados de esto seguimos oyendo a Espínola, que hablaba de la Eneida. Escuchándolo, una paz feliz vino a aclararnos y a libertarnos de aquella densa nube triste que se asomara al cielo de nuestra amistad. Espínola, en esas reuniones periódicas, comentaba a Homero y a Virgilio. Vaz Ferreira y yo lo oíamos con deleite. Y el Maestro, que sostenía el valor genial de esas glosas, terminaba diciéndome: “Lo llevaré a que diga todo eso en la Facultad de Humanidades”. Así fue para bien de quienes pudieron recibir en el aula de Análisis y Composición Literarios tan precioso don del autor de *Raza Ciega*.

Fue en uno de esos diálogos largos y memorables cuando después de oírnos pacientemente, a Espínola y a mí, el elogio más apasionado de los simbolistas, dijo él con un aire sentencioso y seguro en que expresaba toda una reacción profunda contra nuestro impetuoso entusiasmo: “Homero es colosal”. “Esquilo es colosal”.

Y aquí vuelvo a una de mis objeciones contra la versión de anécdotas. ¿Quién podría dar el tono de esa frase? Por eso el valor de la anécdota queda tristemente mutilado.

No doy en el relato el tono seguro, la consciente autoridad, la contenida impaciencia a punto de desbordar que latía, como en cuerda tensa, en aquellas palabras. Como no puedo dar el matiz de comprensión y sinceridad que le sentí otra vez, ante una obra de Beethoven. Fue en uno de los últimos días en que estuvimos juntos. Habíamos ido a la representación de *Fidelio*, por artistas alemanes. Un poco abrumada yo por la obra me animé a decirle: “No todo me gusta aquí”. Y todavía marqué las objeciones al género.

El me contestó con voz lenta y triste, pero apacible, las palabras de la sabida expresión latina: “A veces duerme el buen Homero”. Y las dijo en latín, seguramente para atenuar el rigor de la frase...

Las dificultades en la amistad y el diálogo se suscitaban —como en el caso del pobre Verlaine— a propósito de gustos estéticos, o de temas relacionados con la Religión.

Difícil fue, entre esos trances, el que se suscitó, en desplegada "suite", cuando llegó a nuestro país el Maestro Joaquín Torres García. El encuentro de los dos grandes seres fue imposible. Las diferencias entre el estilo personal de ambos constituían un obstáculo irreductible para que entre ellos pudiera establecerse un diálogo.

Ya en el primer día en que se vieron comenzó la aridez. Torres García, con su espontaneidad y su fresco candor de niño, le dice a Vaz Ferreira que desea conocer sus obras. Y el interlocutor le contesta con una frase tajante, que si bien consignaba la verdad, tenía el duro y seco sonido de una puerta que se cierra sin cuidado: "Es muy difícil, imposible, conocer esa obra."

Desde entonces, fueron difíciles, casi imposibles, las relaciones con Torres García y el diálogo sobre éste con los fervientes amigos que el pintor conquistó de inmediato al llegar al país. Lecturas fragmentarias de las conferencias de Torres; "tradición oral" de sus afirmaciones sobre Estética, que parecían violentas y revolucionarias y que significaban en realidad una revisión de valores y un heroico esfuerzo para restaurar la perdida línea del arte clásico: tales fueron los obstáculos esenciales para un entendimiento.

El conflicto llegó a su algidez en ocasión de un homenaje que los amigos de Torres García realizamos en la Universidad de Montevideo. Habíamos pedido adhesiones a personas y a instituciones; entre éstas, al Ateneo, presidido por Vaz Ferreira. Recuerdo el atardecer en que llegué a su casa, a escuchar música, en uno de los días previos a aquel homenaje. Estábamos solos. El se me acercó, con una suavidad de seda, y me pidió que retirásemos la nota enviada al Ateneo pidiendo aquella adhesión. Yo reaccioné indignada. Entonces comenzó el más absurdo diálogo sobre los valores de Torres García.

"Nadie que conozca mi obra puede pedirme tal adhesión."

Y luego, con una insistencia cruel, me señalaba un paisaje al óleo, colgado en el muro de la habitación, detrás de mí:

"Cuando pinte una obra como esa, creeré que es buen pintor."

Yo, con una crueldad terca, permanecía impávida, como si no oyese una afirmación que me parecía injusta hasta la locura. Y él repetía, "in crescendo":

"Cuando pinte una obra como esa, creeré que es buen pintor."

Hasta que yo, exasperada, le contesté:

"Vd. repite que no entiende de Pintura y el que escribió *Moral para Intelectuales* no debe hablar de esto."

Quizá fue el momento más duro de nuestra amistad, una prueba dolorosa, que se extendió a muchos días. Hasta que al realizarse el homenaje, me llegó una nota del Ateneo de Montevideo, muy elabo-

rada y retaceada, que hicimos leer en el acto, y que significaba el más sórdido contraste con los fervorosos acentos de los oradores y de los otros mensajes allí leídos...

Después de estos forcejeos y penas, el aire se aquietaba, y amistad y diálogo volvían a su serena isla de música. Otros temas cruzaban a veces turbando tal paz. Pero esos, por su gran entidad, por su intensidad dramática y por su alto origen acrecentaban el común entendimiento y la delicada amistad. El me decía:

"Rece por mí que no puedo rezar."

"Rece por mí que no puedo creer."

Afirmación dramática, reiterada muchas veces, y que, cuando él desapareció, me llegó otra vez en la carta de una amiga suya, muy querida, la señora María Elena Terra Arocena de Ferrés, de quien Vaz Ferreira me decía a veces, con aire desolado:

"Para convertirme me da libros a leer. Eso no me sirve. Es inútil."

Esta amiga me relataba en su carta el episodio de una última vez que el Maestro estuvo en su casa. En la mesa familiar, en determinado momento del diálogo, golpeó con su puño sobre la mesa y dijo:

"Si supiesen qué terrible es querer creer y no poder creer!"

Muchas veces estas afirmaciones llegaron a nuestra conversación. Yo las recibía con pena, con piedad, sin réplica. No podía ni debía, ni quería replicar. Sólo cuando él decía algo que yo sabía inexacto le contestaba. Casi siempre en esta línea:

"Ud. nos ha enseñado que todo conocimiento ha de ser experiencial. No puede hablarse de religión sin hacer la experiencia religiosa."

Muchas veces yo lamentaba algunos errores de interpretación que venían de su información fragmentaria o errónea, errores circunstanciales vinculados a formación, a época, en contraste con su gran libertad y su capacidad original. Cuando pienso en esos errores los asocio a algunos que se señalan en el notable documento que registra un diálogo de Bergson con el Padre Pouget, sacerdote lazarista a quien Mauriac vincula, con palabras ardientes, a la línea insigne de Pascal.

Y dice el Padre Pouget, al fin de su entrevista memorable con Bergson:

"...No es sólo un hombre que piensa; es además un hombre bueno. Pero él no conoce las Escrituras tan bien como yo, que las he practicado durante ochenta años. Será entonces necesario que yo haga un pequeño trabajo sobre la resurrección de Cristo según los Sinópticos y la resurrección de nuestros cuerpos según la Primera Epístola a los Corintios..."

Insistía Vaz Ferreira en conferencias y en diálogos a propósito de “un hijo bueno que aceptó tener un padre malo”. El hijo bueno era Jesús; el padre malo, nada menos que Dios Padre —el Jehová del Antiguo Testamento.

Muchas veces reiteró la afirmación, hasta que una tarde, después de leer una notable Conferencia plena de lucidez y de originalidad, dijo que agregaría algunas notas, y leyó, entre otras, esta afirmación sobre Cristo y Dios Padre. Al otro día, reunión en su casa. En uno de los intervalos de la audición musical, pasó junto a mí y me dijo: “Lamenté cuando supe que ayer, en la Sala de Conferencias, estaba el Padre Mossman (sacerdote de gran jerarquía intelectual, muy querido amigo suyo y mío). Si lo hubiera visto, no hubiera dicho aquello que dije, pues no me gusta decir cosas desagradables ante los sacerdotes.”

Yo le contesté súbitamente:

“Estábamos otros que sufrimos al escucharlo.”

Volvió él a su asiento, e hizo pasar un disco en que se graba una obra maravillosa de Bach. Rompiendo el silencio y la música, con una intrepidez que no pude contener, me puse yo de pie y dije en alta voz:

“¡Qué inmensa es la bondad de Dios!”

El se quedó absorto, con una expresión de sorpresa y pregunta. Y yo continué:

“Sí, la bondad de Dios, por la que se ha suscitado el genio de Bach; por la que se ha guardado esta obra a través del tiempo; por la que se ha podido registrar así; y por la que ¡además! a nosotros nos gusta.”

Y volvimos a escuchar la maravilla. Mientras él recuperaba su calma, su expresión tranquila y feliz ante la música; mientras él regresaba de aquel asombro semejante al que una vez le vi en medio de otro diálogo inolvidable. Ibamos hacia el centro de la ciudad, en automóvil, por una calle que parece un jardín, próxima a la casa de Atahualpa. Yo le dije:

“Hay un dogma más terrible que todos: el de no tener dogma.”

¡Ay!, si supiera decir cómo era al expresión de su cara al oír esto!

En general, nuestra conversación sobre el tema religioso era tranquila y libre. Siempre recuerdo la tarde en que, muerto un amigo a quien había yo acompañado hasta el último instante, me trasladé al Rectorado para hablar del caso, y para consolarnos de tan triste suceso. Le relaté los trances del enfermo, muy alejado de la religión en que había crecido, y sus invocaciones piadosas antes de morir.

Me preguntó ansioso: “¿Y no le llevaron un sacerdote?”

Como le contestara yo negativamente, afirmó con gran fuerza:

“Siempre hay que llevarlo.”

Yo asombrada, le dije:

“Tendré en cuenta lo que Ud. me dice si —como no lo deseo— muere Ud. antes que yo.”

La sombra de aquel atardecer que entraba por las altas ventanas de nuestra Universidad, llega todavía hasta mi alma cada vez que pienso en la muerte de Vaz Ferreira. No estuve yo cerca. Apenas llegué a las puertas de su habitación de enfermo. Después supe, por una de sus hijas, algo que me conmovió profundamente. Al retirarnos de la casa de Atahualpa, Josefina Lerena de Blixen y yo, después de una difícil visita en aquellos días de duelo, Matilde Vaz Ferreira nos repitió las últimas palabras de su padre sobre mí:

“Ella, por prudente, no ha entrado. Y era importante que entrase.”

¿Era importante? Ay, seguramente para mí era importante, como siempre, más que siempre, sentirme cerca de aquella noble alma, saber su último adiós. Sufrir su acento nostálgico, y esa traba misteriosa que no lo dejaba llegar a una entrega que yo deseaba ardentemente; traba que nadie podía franquear sino él mismo, según el más alto sentido de la libertad y de sus relaciones con la Gracia.

Y en este adiós sin adiós se inscribe lo más dramático de mi relación con Vaz Ferreira, lo más dramático de nuestro diálogo. Hasta esa zona llega su recuerdo con una luz tranquila, como la de sus ojos húmedos y conmovedores. Aquellos que nos miraban cuando él hablaba en la Cátedra; aquellos con que nos interrogaba en silencio mientras escuchábamos la música más entrañablemente querida; aquellos que se llenaron de lágrimas, cierta vez, cuando, a propósito de la música de Clorinda y Tancredo, nos refirió a Susana Soca y a mí el tema de la obra. Y llegando al momento en que la protagonista pide el Bautismo, nuestro amigo se puso a llorar...

El acento que supo dar a toda su obra —“el sentimiento calienta el estilo” escribió en *Fermentario*, definiendo así uno de los rasgos más originales de su obra de escritor—; ese acento tierno, familiar, constituía uno de los encantos más entrañables en la amistad con Carlos Vaz Ferreira.

Su delicadeza —de remota raíz, tal como se daba, con rasgos diferenciales propios, en María Eugenia— irradiaba con el esplendor de las finas y quietas aureolas.

Esta delicadeza es la que domina —como su voz suave dominaba— en el recuerdo de su presencia y de su compañía serena, austera, cordial.

Encontrarse con él en el ámbito de gustos semejantes, de adhesión a amigos comunes, de admiración por grandes creadores, era un verdadero lujo de la vida.

Me acompañó con gentil gracia en mi amistad por Gabriela Mistral; y yo sentí la alegría de saber cómo ellos se respetaban y se querían.

Una vez, a punto de partir yo hacia Brasil para ver a Gabriela, me dio este recado:

“Pregúntele de dónde saca esas cosas que escribe.”

Y ella me contestó sin titubear:

“Dile que todas me vienen del valle de Elqui, donde nació.”

También recuerdo un mediodía muy triste, cuando llegaban insistentes noticias de la agonía de Gabriela en una clínica próxima a Nueva York.

Yo iba a almorzar con Vaz Ferreira. Al encontrarnos, él me miró con sus ojos hondos y tristes y me dijo:

“Estará Ud. muy triste, y tiene que estar muy triste...”

Al salir al aire de fuego del verano, mientras descendíamos una breve escalera de mármol que ardía al sol y él me pedía que lo dejase apoyarse en mi brazo porque estaba deslumbrado por la luz del mediodía, yo iba pensando en la nieve que desde el cielo del norte iba cayendo sobre el último sueño de Gabriela Mistral.

Allí nació un verso de un poema que quiero mucho, inserto en mi libro Paso de la Noche:

“Y en medio del estío cae la nieve.”

Recordando ese momento y ese verso pienso cuántas veces mi poesía se apoyó en la presencia de Carlos Vaz Ferreira. Esa presencia suscitaba siempre hondos momentos del ser; removía lo mejor de nosotros; quizás activaba en mí aquella “disposición musical” previa, de que habla Schiller al referirse al proceso de la creación poética. Si debo a aquella amistad y a aquella ejemplar lección tantos apoyos de mi ser, ese toque sobre mi poesía constituye uno de los más esenciales y gratos motivos de mi deuda frente a la acción profunda y delicada de Carlos Vaz Ferreira ¡todavía y siempre Maestro, desde su misteriosa lejanía!

Cuando releo estas páginas vuelvo a lamentar mi incapacidad para dar la versión de mis encuentros con Carlos Vaz Ferreira. No ejercité nunca las posibilidades de narrar escasas en mí; soslayé ese ejercicio voluntariamente, para evitar que él incidiera sobre mi oficio poético, es decir, para custodiar a mis versos de todo lo que pudiera ser ajeno a lo que creo que debe mantenerse puro y solitario en la creación poética.

Estos breves apuntes quedan, pues, limitados a algo así como una modesta carta a mi amigo Arturo Ardao. El, con su delicadeza y su inteligencia, con su conocimiento de Carlos Vaz Ferreira, llevará tal registro de recuerdos a su verdadero plano, confiriéndoles la significación y el acento que yo no supe darles.

Esther de Cáceres

Primavera de 1963.

